

Medio cuartillo de vinagre de uva.

Medio cuartillo de jugo de limón.

Se mezcla todo y se divide en tres tomas. Se bebe una tres mañanas seguidas, antes de desayunarse. El remedio debe tomarse desde que la persona, ha sido mordida, para evitar que pase la enfermedad á otras. Á los que muerde un perro, después que han tomado la bebida, no les hace ningún daño.

Procedía de Almoloyan, Estado de Colima.

Hice una excursión al cercano Cerro de la India, en cuyo costado, como cuatrocientos pies sobre el llano, encontré numerosas conchas marinas en estado fósil, en capas de dos ó tres secciones superpuestas, según podía presumirse por las indicaciones de la superficie. Como mi barómetro ya no me merecía confianza, no pude reconocer la altura exacta del sitio, pero me pareció que no podía hallarse más bajo que Zapotlán, que se alcanzaba á ver desde allí y se encuentra á 4,906 pies sobre el nivel del mar. Recogí tres variedades de conchas.

Respecto á antigüedades, me hablaron de un antiguo cementerio donde se habían encontrado esqueletos sentados. Había también montículos al suroeste, sobre la otra orilla del río; pero como por entonces el río había cubierto sus márgenes, no me fue posible visitarlos. Supe que habían encontrado hacía algún tiempo una olla llena de polvo amarillo en uno de los montículos. Los que la hallaron, ignorantes de su valor, echaron el contenido al río; pero un hombre recogió por curiosidad un poco de dicho polvo, lo fundió y vio que era oro.

CAPÍTULO XX

UN MONTÍCULO DE METATES—LA CIUDAD DE JILOTLÁN—AVISPAS PELIGROSAS—MIEL VENENOSA—LOS PINTOS—SUPERSTICIONES—SOPA DE OREJAS DE BURRO—HECHICERÍA CURATIVA—LA VELA SOBRE LA CAJA DE DINAMITA—TEPALCATEPEC—DOS NOTABLES ÁRBOLES DE TIERRA CALIENTE—SU VENENO Y SU ANTÍDOTO.

MI próximo proyecto era llegar á la tierra de los tarascos, á donde traté de dirigirme por la notoriamente insalubre ciudad de Tamazula. La fuerza de las lluvias, sin embargo, me obligó á devolverme y tomar por Jilotlán de los Dolores, siguiendo un camino que atraviesa una sierra baja y difícil para cruzarla en mula, pero no tanto como se cuenta. Á dos días de camino al oeste de Piguamo, ciudad donde la fiebre ha sentado sus reales, más próxima al mar que mi ruta, dicen que hay un montículo formado en su totalidad con metates. Mi informante suponía que serían como dos mil. Llaman á la eminencia loma de los Metates, y el terreno en que se encuentra pertenece á la hacienda de Hihuitlán.



China mexicana, vista por detrás.

En Jilotlán paré en la casa del administrador de correos, azteca puro, que era el hombre más popular de la población. Se dificultaba conseguir otra cosa que tortillas y frijoles, pero como la gente era buena, estuve contento en lo posible. El pequeño pueblo de Jilotlán (en náhuatl, "lugar de *jilotes*")* está situado en un valle que forma la cavidad de una meseta, y todas las lomas y valles del alrededor, cubiertos con variedad de árboles y arbustos, estaban revestidos de espléndido verdor. Un arroyo cruzaba con rapidez el risueño paisaje que invitaba á recorrerlo. El clima es cálido y seco, y por lo mismo no tan insalubre como en la costa. Las observaciones de cuatro días (del 27 al 30 de abril) marcaron un máximum de temperatura al medio día de 36° C., y un mínimum á las 8 P. M. de 27° C.

La gente del lugar hablaba mucho de una avispa venenosa que los mexicanos llaman *emborrachadora*. El efecto de su picadura produce turbación en la vista é inflamación en la garganta, que tan seria puede llegar á ser que ahogue al paciente, quien debe meterse en el agua lo más pronto posible para contrarrestar los malos efectos. El menor retardo suele ser fatal por la prontitud con que obra el veneno. Si no hay agua cerca, lavan al herido con orines y le golpean dos piedras junto á la nariz para que las huela.

Consigno, por lo que valga, una historia que oí relativa á una especie de miel venenosa. La abeja que la fabrica es negra y frecuente un arbusto cuyas flores se llaman *cuasiri*; pero donde el árbol es raro, se puede tomar la miel impunemente. La venenosa no se distingue de la otra ni en el sabor ni en el aspecto, pero hay la creencia de que si la miel es buena, se ensortija un cabello introduciéndolo en ella. El veneno afecta á la piel y al cabello, á veces produce calvicie y, en los casos extremos, la muerte.

*Panojas cuyo grano empieza á cuajar.—Nota del traductor.

Sólo viven allí como unos treinta indios puros, tan civilizados ya que apenas puede considerárseles como naturales. En ese punto encontré por primera vez á los llamados *pintos*, que se hallan en áreas relativamente cortas de las costas del sur de México y Centro América. Tienen el cuerpo cubierto más ó menos completamente de numerosas manchas rojas, negras, azuladas y blanquizas que les dan muy repulsiva apariencia. Aun los mestizos evitan comer nada hecho por una mujer que tenga tales manchas. Los pintos habitan sólo en la tierra caliente, pues son extremadamente sensibles al frío. Consideran algunos que esas coloraciones de la piel se deben á enfermedades sifilíticas, y otros las atribuyen al agua de las localidades. Los casos ocurren principalmente entre los mestizos, cuyos hijos, sin embargo, nacen frecuentemente sanos del todo. No se cree que el mal sea contagioso. La papera es otra enfermedad que prevalece en ciertas partes de la tierra caliente de Michoacán.

Las madres de Jilotlán acostumbran tirar de las narices á los niños, durante los dos ó tres primeros meses de nacidos, para impedir que resulten chatos. La madre del administrador de correos, en cuya casa me alojé, solía repetir á su hijo que á ella le debía tener la nariz larga.

Tomé nota de las siguientes supersticiones del lugar, en las que se advierte mezcla de ideas españolas é indias:

Cuando el gato se relame, van á llegar visitas. Otro signo de lo mismo es el chisporroteo del fuego, en cuyo caso debe echársele un poco de agua á la flama.

Cuando una gallina canta como gallo, se la debe matar porque tiene al diablo metido.

Una muchacha no debe dejar que nadie tome la comida en el mismo trasto en que la haya hecho, si no quiere que llueva mucho el día de su casamiento.

Si una mujer deja la basura detrás de la puerta, el diablo se esconde allí.

Cuando algo se ha perdido en la casa, es bueno encender una vela por el cabo y dejarla arder.

Cuando han hecho mal de ojo á alguna criatura, es preciso sujetarle los cabellos en forma de copete.

Si alguien pisa la saliva de un cuate, le sale una seca en la ingle.

Si una persona presenta síntomas de lepra ó de sífilis, le dan á comer polvo de carne seca de víbora.

Á este propósito mencionaré también algunas supersticiones mexicanas: en el este de Sonora cree la gente que por las noches entran en las casas ciertas culebras inofensivas para mamar los pechos de los mujeres, y que entretanto meten la cola en la boca de los niños. Algunas son muy gruesas y negras, otras delgadas, largas y rojas. Otra creencia de la misma localidad es que algunos perversos hacen velas con sebo de coyote, que encendidas en una pieza donde la gente esté bailando, les produce malestar de estómago y flatulencia. Es costumbre universal de todos los trabajadores, casi rayana en superstición, que no deben mojarse cuando están calientes de su trabajo. Nunca logré hacerlos que se lavaran las manos en tales circunstancias, porque temen enfermarse de catarro, influenza ó pulmonía.

Mi criado Ángel me refirió las siguientes supersticiones de Tequila, Estado de Jalisco:

Cuando un hombre ha estado ausente largo tiempo de su casa, por ejemplo en la cárcel, y su mujer desea que vuelva, le amarra los pies á un santo con una cuerda, ó bien va á coger tierra de la prisión y la riega en la puerta de su casa.

Cuando una mujer intenta engañar á su marido, le da una sopa hecha de orejas de burro, ó moja el dedo meñique de su mano izquierda en el agua que le da á beber.

Dan asimismo dicha sopa á los maridos camorristas para que se vuelvan más tratables.

Las mujeres vírgenes apuntan con el pie izquierdo; las otras con el derecho.

De la eficacia de la hechicería estaba Ángel firmemente convencido. "Los indios que Ud. conoce," me decía, "los coras y los huicholes, son más buenos para hacer daño y para curar, porque tienen otra religión. Conocen muy bien desde la primera curación si el enfermo se aliviará ó no."

Me aseguró que había en Tequila muchos hechiceros y brujas. Tienen los ojos muy hundidos y colorados. De noche se aparecen en forma de buhos ó de pavos, y él los había visto. Los buhos se paran sobre los techos de las casas, esponjan sus plumas y gritan misteriosamente. Su padre les tiraba á esas aves de mal agüero, pero nunca pudo matar ninguna. Su madre decía esta oración: "¡Te-colote, pájaro maldito! ¡Canta lo que tengas que cantar! ¡Ave María Purísima, sin pecado original!" y si el buho era malo, volaba; si era bueno, se quedaba cantando.

Para hacerle mal á un enemigo, se le pide á un hechicero que eche algo en los cigarros, comida ó bebida de la víctima. Cuando una persona ha sido hechizada tiene que buscar á algún curandero más poderoso que el brujo que la enfermó. Los dos médicos llegan entonces á un acuerdo y se dividen los honorarios. Al punto como el doctor ha arreglado las cosas con el hechicero, se vuelve éste invisible, va á casa del enfermo y le unta saliva debajo del brazo, con lo que le deja bueno. Á medio día, cuando no hay gente afuera, llega una mujer con comida. Los de la casa la ven entrar, pero no saben quien es. El enfermo toma la comida, que consiste en los platos que más le gustan, y empieza á sentirse bien.

No se requiere virtud especial para enhechizar á un individuo, pues el mal puede hacerse de varios modos; ni es difícil curarlo, pues basta untar saliva en la axila; la dificultad estriba en ponerse de acuerdo con el autor del

maleficio. Para ello, se presenta el curandero en la casa un martes, jueves ó viernes, porque los otros días no puede oír á los hechiceros y brujas; llega á las ocho de la noche, hora en que los buhos comienzan á salir. Puede suceder que encuentre á la bruja desde la primera vez, y éntre en arreglos con ella, ó que tenga que esperarla toda la noche y aun todas las noches durante un mes ó más, habiendo casos en que se necesitan seis meses para el restablecimiento. El curandero pone los huaraches del enfermo con la suela para arriba, vuelve de revés la camisa y calzones, y reza el credo invertido para que baje el buho en que se oculta el alma de la hechicera ó del brujo. Junta luego un gran montón de hilachas viejas, al que agrega un poco de mariguana, planta que muchos llevan en la faja para protegerse contra la hechicería. Cuando el montón esta listo, le prende fuego y la casa se llena de humo, haciendo salirse á todo sér viviente, excepto el enfermo, que no sabe entonces si vive ó muere. Por esa curación se pagan en Tequila diez pesos, y el paciente debe proporcionar el material para el humo. Aunque no sane, tiene siempre que dar al curandero algo por su trabajo, generalmente de tres á cinco pesos.

La creencia en la hechicería parece que persiste en el indio por mucho que se civilice. Censurándole cierta vez á uno que creyera en hechiceros, le decían: "Es pecado creer en eso," y el replicó: "Puede ser; pero que los hay, los hay, y el mayor trabajo de nuestra vida es defendernos de ellos."

Después de salir de Jilotlán me detuve la primera noche en un rancho donde me alojé conforme es costumbre en la tierra caliente, donde se permite á los viajeros dormir en el lugar que mejor les parece, bien sea bajo un cobertizo, en el corredor y aun dentro de la casa. Nuestro huésped me ofreció una cama, en que pudiera pasar la noche á suficiente altura, fuera del alcance de cientopiés, turicatas, alacranes y

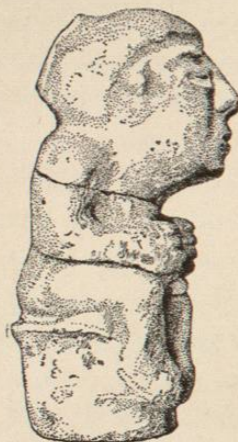
otros bichos. Acepté gustoso la oferta, y metimos la cama dentro de la casa, en donde entraba el aire fresco por la puerta que dejé sin cerrar. Ángel encendió una vela y viendo que cerca de la cama estaba un jarro encima de una caja, quiso utilizarlo de candelero. Por fortuna se presentó en esos momentos nuestro huésped y dijo con voz pausada: "Es mejor poner la vela en otra parte, porque allí hay dinamita." En efecto, había comprado cierta cantidad de explosivos á unos mineros americanos con la mira de venderlos al menudeo á los trabajadores que pasaran por el rancho. Apenas se lo pedí, convino en que trasladásemos la caja por esa noche á prudente distancia.

Agosto es un mes en que los mosquitos hacen insoportable la vida á la gente y á los animales, pero afortunadamente descansan por la noche y evitan la oscuridad. En la mañana son terribles. Para librarme de ellos algunos minutos y poder almorzar, tuve que encerrarme en la casa, que, como de costumbre, no tenía ventanas.

Yendo para Tepalcatepec (en náhuatl, "donde hay *tapalcatl*" tiestos), pasamos por extensos bosques tropicales, y se hizo muy tarde antes de que pudiésemos llegar al pueblo. Su viejo mesón estaba por entonces desierto, pues pocos paran en él; pero con ayuda del presidente, barbero de profesión, conseguí la llave y pudimos alojarnos. El pueblo se halla situado en una loma y rodeado de bajas colinas que invitan á pasear entre sus hermosos árboles y arbustos, en todo su esplendor en aquella época del año. Al caer la tarde, cuando el aire se ha refrescado, salen á pasear las familias, después del trabajo del día, en aquel parque encantador que la naturaleza les ha puesto á la puerta de sus casas. Era especialmente grato no encontrar al paso botes de hojalata vacíos, pedazos de periódico ni otros desechos, ni tampoco placas con avisos ó prohibiciones de no pisar la yerba. Evidentemente no ha puesto allí su mano la civilización.

Es digna de notar la gordura del ganado, que cuando no hay pasto, se alimenta de follaje. La carne seca y el queso de aquel lugar tienen fama de ser de los mejores de Michoacán.

En Tepalcatepec conseguí un ídolo de piedra muy bien esculpido que habían encontrado con otros más grandes en un montículo situado como á cincuenta millas al oeste. Es



Antigua escultura de piedra figurando un hombre sobre un pedestal. De Tepalcatepec, Michoacán. Altura, 32.6 cm.

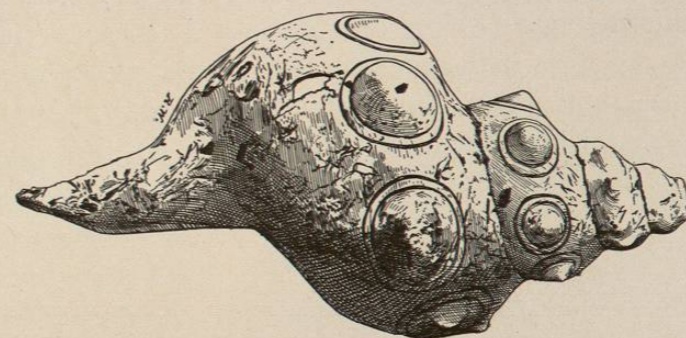
indudable que aun quedan muchas antigüedades en aquella costa que perteneció á los aztecas. En la región hay abundancia de ruinas de antiguas casas, tiestos de vasijas y montículos llamados allí con el nombre tarasco de *yácatas*. Frecuentemente se encuentran en ellos grandes caracoles marinos que los antiguos aztecas usaban como trompetas.

El río de San Francisco, que más lejos se junta con el de las Balsas, corre ancho y fangoso. El vado es riesgoso y hubo que pasar á las mulas, una por una, en un punto conocido por nuestro guía. Poco á poco fuimos saliendo del cálido y seco Plan de la Tierra Caliente, cuya anchura en la parte por donde lo cruzamos sería de nueve millas.

No dejaré de mencionar que vi dos árboles muy característicos cuyo nombre científico no me ha sido posible investigar. El primero, llamado diversamente *matijerán*, *quechalalate* y *pacueco*, se ha encontrado que contiene un nuevo alcaloide. La gente se aplica la savia que destila de las incisiones practicadas en su corteza, para curarse las viejas heridas; y como remedio interno, para purificar la sangre y calmar la fiebre, á cuyo efecto beben el agua en que ponen en infusión la cáscara. Por propia experiencia

puedo afirmar los benéficos efectos de tal poción en la convalecencia de la malaria.

El otro árbol, que se ve muy hermoso con sus hojas pinatífidas y su rojo tallo, se distingue como muy venenoso y parece causar efectos semejantes á los del zumaque, pero más serios. Cuentan que hay individuos inmunes á dicho veneno, pero la mayor parte son muy sensibles al contacto de las hojas, especialmente si están mojadas. Dícese que aun el sentarse bajo del árbol es muy nocivo á las personas delicadas. Una de las manifestaciones del veneno, en los hombres, es una considerable inflamación de los testí-



Caracol usado como trompeta por los antiguos aztecas. De cerca de Chapala. Longitud, 31 cm.

culos, hecho á que alude el nombre con que en México se designa á la planta.

El recaudador de contribuciones de una de las poblaciones tarascas me aseguró que había sentido dos ocasiones los malos efectos del veneno. Al día siguiente de haberlos recibido, comenzó á experimentar mucha picazón en la cara y poco á poco se le fue hinchando todo el cuerpo. Su semblante perdió toda apariencia humana y tanto se le restiró la piel de la cabeza, que se le pararon los cabellos. No podía moverse y estuvo tendido como una masa informe, sufriendo terriblemente. Le sobrevino fiebre y pérdida del apetito, y con dificultad podía pasar el atole, pues aun

la lengua se le inflamó. Se alivió con unciones de atole frío que estuvieron aplicándole cada vez que se le secaba la unción anterior, y á los quince días quedó enteramente restablecido. Se recomienda también para lo mismo el agua tibia con aguardiente y clara de huevo, aplicada de la misma manera que el atole. Los que no se curan, siguen durante meses padeciendo de ulceraciones y se exponen á morir. La inflamación es, por supuesto, más penosa en tiempo de calor; con el aire fresco se siente tranquilidad y alivio.

Es creencia popular que el árbol macho únicamente daña á las mujeres, y el árbol hembra á los hombres. Si los informes que me dieron son exactos, el veneno no tiene efecto sobre los individuos que están borrachos, lo mismo que las picaduras de los alacranes y turicatas. ¡Aun la temperancia tiene sus inconvenientes!

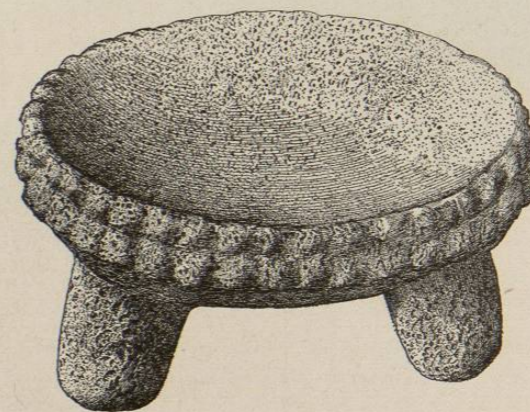
CAPÍTULO XXI

ARRIBO Á LA REGIÓN DE LOS TARASCOS — PARANGARICUTIRO—SU PRINCIPAL INDUSTRIA—LA SIERRA DE LOS TARASCOS—COVACHAS DE MADERA—EL POLICÍA Y EL REPENTINO FIN DE SU CARRERA —TRAFICANTES TARASCOS.

EL 11 de agosto llegué á Peribán (corruptela de *Pirian*, “relámpago”), la primera ciudad tarasca que pisé. Su tamaño es bastante considerable, pero encontré á sus indios, todos civilizados, muy afanosos porque el obispo de Zamora estaba haciendo al lugar una de sus periódicas visi-

tas. Con todo, vi al paso una banda de músicos tarascos del interior que iban á la tierra caliente, según me dijeron, “para ver lo que la Providencia quería darles.” Vestían á la manera ordinaria de la

clase trabajadora de México, y eran de pequeña estatura, pero muy ágiles y vivos de movimientos. Noté que todos tenían bigotes y un poco de pelo al rededor de la barba. Descansaron un rato en la plaza, y á pesar de que caía un fuerte aguacero, se marcharon esa misma tarde, tapándose simple-



Molcajete antiguo de Peribán, Michoacán. Diámetro, 31 cm.